

# ***En esto pensad***

Filipenses 4:8

## ***Lecturas de edificación cristiana***

### **Contenido**

Por el Espíritu	37
Sed llenos del Espíritu	44
La libre acción del Espíritu (II)	54
Otro Consolador	65
Ha resucitado el Señor verdaderamente (II)	68

**Año XI. N° 2**

**Marzo - Abril 2006**

## **EN ESTO PENSAD**

**LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA**

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian  
Cap. Cairo 546  
B 1842 CSB Monte Grande  
Buenos Aires  
Argentina

**©2006 Todos los derechos reservados.** Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

## NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

### Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)
<hr/>		
( <i>M. E.</i> )	=	<i>Messenger Évangélique</i>
<hr/>		

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

## POR EL ESPÍRITU

El creyente ha recibido una nueva naturaleza, comunicada por el poder del Espíritu Santo; ha nacido de nuevo; ha nacido “de agua y del Espíritu” (Juan 3:5-8). La Palabra (en este pasaje, el agua es un tipo de ella) obra para la muerte de la vieja naturaleza; nos hace conocer nuestro verdadero estado ante un Dios justo y santo, quien puede darle un solo lugar al hombre en la carne: la muerte. A continuación, el Espíritu Santo comunica la nueva vida.

La primera parte del capítulo 3 del Evangelio según Juan desarrolla las verdades relativas al nuevo nacimiento, verdades que siempre es necesario recordar, pues hay muchas almas que descansan en una falsa seguridad porque desconocen la expresión: “Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7).

Muchos creen que el agua de la cual habla este pasaje se refiere a la del bautismo, lo que los lleva a confundir el bautismo con el nuevo nacimiento. Pero es claro que en estos versículos se trata de algo totalmente distinto al bautismo cristiano. El nuevo nacimiento es el resultado de un trabajo de Dios, operado en la conciencia por medio de la Palabra (cf. Juan 15:3; Romanos 10:17; Santiago 1:18; 1.<sup>a</sup> Pedro 1:23) y del Espíritu Santo.

Una vez que la nueva naturaleza nos es comunicada por el Espíritu Santo, también tenemos al Espíritu Santo en nosotros como vida y poder de comunión (Juan 4:13-14), y además como Persona divina que vino a este mundo, enviada por el Padre y por el Hijo (Juan 7:37-39; 14:15-26; 15:26; 16:7-15), la cual mora en el creyente y en la Iglesia (1.<sup>a</sup> Corintios 6:19; 3:16).

El Espíritu Santo descendió a la tierra como Persona el día de Pentecostés. En los tiempos precedentes fueron numerosos los que poseyeron la vida de Dios; de modo que, vivificación por el Espíritu y sello del Espíritu Santo son dos cosas diferentes. En Juan 7:39, leemos que los que iban a recibir el Espíritu Santo ya creían: “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él.” El Espíritu obra para vivificar a los incrédulos, mientras que sólo los creyentes son sellados por el Espíritu: “Habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo” (Efesios 1:13).

Al haber nacido de nuevo, somos hijos de Dios, “y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba Padre! (Juan 1:12-13; Gálatas 4:6). El Espíritu Santo nos hace gozar de la relación que ahora tenemos con Dios: la de hijos con su Padre (cf. Romanos 8:14-16); y, como “Espíritu de su Hijo”, produce en nosotros los sentimientos que experimentó el Hijo y nos guía al goce de su propia posición delante de su Dios y Padre, ahora nuestro Dios y nuestro Padre (cf. Marcos 14:36 con Gálatas 4:6 y Romanos 8:14-16).

Como hijos de Dios, tenemos la responsabilidad de manifestar la vida divina que hemos recibido por el Espíritu Santo (cf. Efesios 5:1-2; 1.ª Juan 3:9 y 2:29), de manifestar a Cristo, pues tal vida es Cristo (cf. Gálatas 2:20; Filipenses 1:21). Y esto podemos hacerlo realidad sólo mediante la acción del Espíritu Santo en nosotros. Efectivamente, la marcha cristiana no consiste en la obediencia a una ley que trata de reprimir a la carne rebelde, que prohíbe el mal a la naturaleza que ama el mal, y que ordena amar a Dios y al prójimo a la naturaleza cuyo móvil es el egoísmo. Aquello que la ley no podía producir, porque ésta se

dirigía a la vieja naturaleza, lo manifiesta el Espíritu Santo, porque pone en actividad al nuevo hombre. La nueva naturaleza se goza en obedecer, en hacer la voluntad de Dios; y, por el poder del Espíritu Santo, puede satisfacer las obligaciones de la ley e incluso hacer mucho más (cf. Mateo 5:43-48 con 1.ª Juan 3:16).

La marcha cristiana es, pues, la manifestación de la nueva vida que hemos recibido por el Espíritu; la manifestación de Cristo, quien es nuestra vida. Dicha manifestación se ve estorbada por la presencia de la carne en nosotros, la cual “codicia contra el Espíritu”; pero tenemos un recurso: “Andad según el Espíritu, y no cumpliréis los deseos de la carne” (Gálatas 5:16-17; VM). Incluso aquel que tiene la vida de Dios, no tiene fuerza si se coloca bajo la ley. En ese antagonismo entre las dos naturalezas, es imposible rechazar el mal y cumplir el bien sin recurrir al poder del Espíritu: “Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí” (Romanos 7:19-20).

Gálatas 5:15 a 26 nos muestra que, aunque siempre tenemos la carne en nosotros, podemos andar de manera que Cristo sea glorificado. La codicia de la carne no es extirpada de nuestro corazón, pero es subyugada; el Espíritu Santo, por quien fuimos sellados (Efesios 4:30) y el cual nos ha llevado a gozar de nuestra posición de hijos de Dios, nos guía luego a hacer realidad un andar que concuerda con dicha posición. Y si andamos “en el Espíritu” es imposible que demos lugar a la codicia de la carne, pues ambos (Espíritu y carne) se excluyen mutuamente.

En el capítulo 7 de la epístola a los Romanos, contemplamos a un creyente que lucha tratando de vencer la voluntad de la carne mediante la voluntad renovada, pero sin el poder del Espíritu Santo; mientras que, en el capítulo 5 de la epístola a los

Gálatas, la carne no puede hacer el mal en que ella se complace porque el andar por el Espíritu sigue a la posesión de la vida por el Espíritu (v. 25).

Estamos lejos de hacer siempre realidad que “los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24). Entonces es inevitable que se manifiesten “las obras de la carne”. ¡Qué triste es el cuadro que nos describen los versículos 19 a 21 de ese mismo capítulo! En la epístola que el apóstol dirigió a los romanos, les dice: “Si vivís conforme a la carne, moriréis” (Romanos 8:13); así como les escribió a los Gálatas acerca de las obras de la carne: “Los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (Gálatas 5:21). La muerte es el fin de la vida de un hombre en la carne, y si bien es verdad que Dios sabrá cortar el camino a uno de sus hijos que vive conforme a la carne, es también muy cierto que, hasta ese momento, dicho creyente está en el camino con aquellos que son conducidos a la muerte eterna porque “son de la carne”.

En contraste con la expresión “moriréis”, de Romanos 8:13, se encuentra el término “viviréis”, con el cual finaliza ese versículo. ¿Cómo se lleva a cabo esto? “Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne”. El pensamiento precede a la obra, por lo tanto es necesario actuar en la fuente misma: es preciso hacer “morir las obras de la carne”, es decir, juzgar en nosotros, por el Espíritu, todo mal pensamiento que podría conducirnos —y que, no juzgado, conducirá inevitablemente— a efectuar una acción que sería una de las “obras de la carne”.

Para hablar con propiedad, no es el Espíritu Santo el que hace “morir las obras de la carne”; el apóstol dice: “Si por el Espíritu (vosotros) **hacéis** morir...” , pues allí se encuentra una cuestión de responsabilidad para cada creyente, responsabili-

dad que sólo puede enfrentar mediante el poder del Espíritu Santo.

Cuando asumimos realmente esto, “el fruto del Espíritu” se hace manifiesto (Gálatas 5:22). Este “fruto” abarca, primeramente, un aspecto interior: amor, gozo, paz.

“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5). El Espíritu Santo nos hace gozar de tal amor llenando nuestro corazón de Cristo, en quien y por quien el amor de Dios fue plenamente revelado (cf. Juan 16:13-15; Efesios 3:16-19). De manera que, por consecuencia, y muy naturalmente, podemos cumplir con las exhortaciones que leemos en 1.<sup>a</sup> Juan 4:7 a 21.

El gozo del creyente tiene un solo Objeto: el Señor (Filipenses 3:1; 4:4). Y el Espíritu Santo produce el gozo en el corazón del redimido al poner sin cesar delante de éste a tal Objeto. “El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios, y es aprobado por los hombres” (Romanos 14:17-18).

El Espíritu Santo proporciona la paz a nuestras almas. Incluso cuando obra como Espíritu de repreensión, pues en este caso quiere conducirnos a juzgar todo lo que es de la carne en nosotros. Una vez obrado tal juicio, ya no queda en nuestro corazón ningún conflicto con Dios. Eso equivale a la paz; el corazón se siente a sus anchas con Dios. Mediante el Espíritu Santo, podemos exponer nuestras peticiones “delante de Dios en toda oración y ruego”, y la promesa es firme: “La paz de Dios... guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”; pero, además, podemos juzgar por completo lo que impediría que nos ocupemos en todo lo que es verdadero, en todo lo

honesto, lo justo, lo puro, lo amable y lo que es de buen nombre. “Esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros” (Filipenses 4:4-9).

Luego, en dicho “fruto del Espíritu”, se encuentra lo que debe caracterizar nuestras relaciones con los que nos rodean, es decir, el aspecto exterior, como resultado de la obra interior del Espíritu. Una vez que el Espíritu produce en nosotros este triple fruto: “amor gozo y paz”, pueden ser manifestados los caracteres que se nos indican en el resto del versículo: “Paciencia, benignidad, bondad, fe (o fidelidad) y mansedumbre.” No es necesario explicar el sentido de estas expresiones; lo que importa es manifestar tales caracteres, no como fruto de la carne amable (pues esto es posible en cierta medida), sino como fruto del Espíritu. Si los manifestamos tan poco y tan mal se debe a que, muy probablemente, en ese incesante conflicto entre el Espíritu y la carne, demasiado a menudo dejamos que la carne triunfe. ¿Por qué? Porque, aun cuando poseemos la vida del Espíritu, no andamos “también por el Espíritu” (Gálatas 5:25).

Finalmente, veamos un último aspecto en relación con nosotros mismos: la “templanza”. Ella no consiste sólo en mantener la sobriedad en la comida, la cual necesita nuestro cuerpo, sino también en el dominio de sí mismo, en un freno puesto a todas las pasiones y codicias del corazón natural.

“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu.” Todo esto es propio para despertar el sentimiento de nuestra responsabilidad, ¡y hasta podría desalentarnos si, en contraste con tal andar, consideramos nuestra marcha! Pero el Espíritu Santo aún interviene; y lo hace para ayudarnos cuando, con el sentimiento de nuestra gran debilidad, clamamos a Dios para obtener socorro: “Orando en el Espíritu Santo” (Judas 20;

cf. Efesios 6:18). “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Romanos 8:26-27).

Finalmente, el Espíritu Santo produce en nuestros corazones las alabanzas que, desde aquí abajo, podemos presentar a Dios: “Porque nosotros...tributamos culto por el Espíritu de Dios” (Filipenses 3:3 VHA). Hemos sido librados de nuestros pecados (nuevo nacimiento); somos librados del pecado (por el poder del Espíritu Santo, que nos libera de nosotros mismos, haciéndonos fijar nuestros ojos en Cristo; cf Romanos 7:24-25) y tenemos el socorro necesario en la debilidad que nos caracteriza, a fin de que seamos adoradores.

Todo el trabajo del Espíritu de Dios en nosotros se realiza con miras a este resultado: hacer de nosotros adoradores. Para esto, Él nos presenta sin cesar lo que es de Cristo, toma de lo suyo para hacérselo saber (Juan 16:14), ¡tal como, en la antigüedad, hizo Eliezer, quien le hablaba a Rebeca de aquel hacia quien él la conducía!

¡Que el Espíritu Santo, quien operó en nosotros la obra del nuevo nacimiento, obre asimismo en nuestros corazones constantemente para ocuparnos de Cristo, sin que lo estorbeamos en tal actividad, a fin de liberarnos de nosotros mismos! ¡Que Él nos ayude en nuestra debilidad para que, viviendo por el Espíritu, podamos también andar por el Espíritu y así manifestar el fruto del Espíritu!

“Fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu” Cristo morará “por la fe” en nuestros corazones, y es-

haremos “arraigados y cimentados en amor”. Asimismo, la comunión colectiva será una realidad práctica: seremos “plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” (Efesios 3:14 y siguientes). Así fue como “las iglesias tenían paz... y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo” (Hechos 9:31). Y si nosotros obramos así, podremos rendir culto a Dios en todo el poder del Espíritu, presentándole a Cristo, a quien el Espíritu Santo quiere glorificar, ¡y para la gloria de Cristo, hasta quien nos ha llevado Dios!

“Sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Someteos unos a otros en el temor de Dios” (Efesios 5:19-21).

*P. Fuzier (M. E. 1952)*

## SED LLENOS DEL ESPÍRITU

(Efesios 5:18)

En la cristiandad se habla mucho de la plenitud del Espíritu Santo, y se han emitido muchos puntos de vista erróneos al respecto. Es importante, pues, considerar atentamente las enseñanzas de la Palabra de Dios en lo que concierne a las características de dicha plenitud, las condiciones de la que depende y las consecuencias que se desprenden de ella.

### 1. ¿Qué es la plenitud del Espíritu Santo?

Tener al Espíritu Santo en nosotros y ser llenos del Espíritu Santo son dos cosas diferentes.

La primera es la parte de todo verdadero creyente, pues Dios selló con el Espíritu a cada uno de ellos. “Habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Efesios 1:13).

La segunda —ser lleno del Espíritu Santo—, depende de ciertas condiciones y reviste dos formas diferentes, a saber:

- a) Una forma ocasional, instantánea, pasajera.
- b) Una forma duradera, un estado permanente<sup>1)</sup>.

a) La plenitud ocasional depende de la soberanía de Dios, quien confiere, en un momento dado y con un objetivo particular, el poder del Espíritu Santo para obrar como a él le agrada. Dicha plenitud fue otorgada a ciertas personas, desde antes de que el Espíritu Santo descendiera al mundo. Por ejemplo, “Elisabet fue llena del Espíritu Santo” cuando oyó la salutación de María, y exclamó a gran voz: “Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre, etc.” (Lucas 1:41-42).

Asimismo, en el versículo 67, leemos que Zacarías fue lleno del Espíritu Santo y profetizó.

En cuanto a Juan el Bautista, el ángel dijo de él: “Será

1) El texto original emplea dos verbos diferentes para designar cada una de estas formas de plenitud: *pimplemi* para la primera, y *pleroo* (o el adjetivo correspondiente: *pleres*) para la segunda.

lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre” (Lucas 1:15)<sup>1)</sup>.

De igual manera, después de la venida del Espíritu Santo —cuyo efecto inmediato fue llenar del Espíritu Santo a todos los discípulos y hacerles hablar otras lenguas (Hechos 2:4)— algunos testigos fueron llenos del Espíritu en casos particulares, también con miras a un objetivo especial. Dios les confirió así la capacidad de hablar de parte de él con osadía y poder. Hay varios pasajes de las Escrituras donde se refieren estos casos; de entre ellos citemos los tres siguientes:

**Hechos 4:8.** Después de la cura milagrosa del enfermo, a quien ponían a la puerta del templo para que mendigara (capítulo 3), Pedro y Juan fueron citados ante los jefes religiosos del pueblo, los cuales les preguntaron: “¿Con qué potestad, o en qué nombre, habéis hecho vosotros esto?” En el versículo 8, leemos: “Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo... etc.” El apóstol proclamó el nombre de Jesús con tal osadía que llenó de asombro a sus adversarios y los redujo al silencio (v. 13-14).

**Hechos 4:31.** Cuando, después de esa escena, los dos apóstoles volvieron a los suyos y les contaron lo que los principales sacerdotes y ancianos habían dicho, todos alzaron unánimes la voz a Dios, suplicándole que concediera a sus siervos la capacidad de hablar Su palabra con denuedo y que confirmara lo que predicaban mediante manifestaciones de Su poder.

1) En este versículo, así como en Hechos 9:17, refiriéndose a Pablo cuando fue visitado por Ananías, parece que se trata de un otorgamiento permanente del Espíritu, aunque el original emplea el verbo *pimplemi*. Esto se explica quizá por el hecho de que tanto uno como el otro tenían que ejercer un ministerio oral en el cual gozaron de una plenitud particular del Espíritu Santo.

“Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios.”

**Hechos 13:9.** Cuando llegaron a Pafos, en la isla de Chipre, Pablo y Bernabé fueron citados por el procónsul Sergio Paulo, quien deseaba escuchar la palabra de Dios. Pero Elimas, mago y falso profeta judío, pugnaba intentando desviar de la fe al procónsul. Entonces, “Pablo, lleno del Espíritu Santo, fijando en él los ojos, dijo: ¡Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo...” etc.). Y, por el poder del Señor, hizo que quedara ciego por algún tiempo. El procónsul, testigo de esa escena, creyó, maravillado de la doctrina del Señor.

En todos estos pasajes, la plenitud del Espíritu Santo parece ser conferida repentinamente, y en conexión con un mensaje que debe ser transmitido de parte de Dios, para lo cual, en un momento dado, al instrumento encargado de entregar dicho mensaje se le comunica ese poder divino.

**b)** La segunda forma de plenitud del Espíritu Santo que se menciona en las Escrituras se caracteriza por el hecho de que es duradera y no se liga a ningún acontecimiento particular. Se trata de un estado caracterizado por la permanencia del fruto del Espíritu y la manifestación visible de Cristo en la vida cotidiana.

El creyente será un vaso que el Espíritu Santo puede llenar y utilizar, sólo en la medida en que no interponga obstáculos a la acción del Espíritu en sí mismo y se deje dirigir, exhortar y advertir por Él. El apóstol exhortó a los efesios a que hicieran realidad en ellos tal condición, cuando les escribió: “Sed llenos del Espíritu” (Efesios 5:18). Y si para hacerlo empleó el imperativo se debe a que dicha condición dependía de ellos mismos,

como también depende de nosotros en la actualidad. En ello se encuentra comprometida nuestra responsabilidad. Es una exhortación a la cual debemos obedecer. El Señor dice asimismo: “Si alguno tiene sed, venga a mí y **beba**” (Juan 7:37). Luego volveremos a considerar esta expresión.

Veamos primeramente los pasajes donde se menciona tal plenitud habitual (o permanente) del Espíritu Santo.

**Hechos 6:3, 5; 7:55.** Los siete discípulos escogidos para que sirvieran a las mesas debían tener buen testimonio y ser “llenos del Espíritu Santo y de sabiduría”. La Palabra menciona, entre ellos, particularmente a “Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo”. Se trataba de un estado espiritual permanente. Dicha plenitud se manifestaba en particular por los milagros que él hacía, así como por el poder de su testimonio respecto a los enemigos de la verdad que “no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba” (6: 8-10). El carácter permanente de la plenitud del Espíritu Santo que Esteban gozaba, se encuentra confirmado por el hecho de que tal plenitud fue parte de él hasta su martirio, respecto a lo cual leemos: “Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo<sup>1)</sup>, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios” (7:55).

**Hechos 11:24.** Este versículo nos dice que Bernabé “era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe”; no es, pues, sorprendente leer que, como fruto de su ministerio en Antioquia, “una gran multitud fue agregada al Señor”.

1) Es digno de señalar que, en este pasaje, la Escritura emplea las mismas palabras que en Lucas 4:1, donde “Jesús, lleno del Espíritu Santo”, fue llevado por el Espíritu al desierto. ¿No leemos que “todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro” (Lucas 6:40)?

**Hechos 13:52.** Así también, los discípulos de Antioquia de Pisidia “estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo”.

## 2. Condiciones

Ya hemos señalado que la plenitud habitual (o permanente) del Espíritu Santo constituía, de hecho, el estado normal del creyente, pero dependía de diversas condiciones que derivaban de su responsabilidad personal. Dichas condiciones pueden resumirse en tres. Por orden de importancia, son las siguientes:

Tener sed y beber.

Una vida consagrada.

La obediencia.

**Tener sed y beber.** El Señor, en el último y gran día de la fiesta, alzó la voz, diciendo: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él...” (Juan 7:37-39).

Es necesario tener sed por sí mismo, ir a Cristo, la fuente de agua viva, y saciar la sed allí permanentemente. Un creyente del siglo pasado decía: «Somos vasos que escurren, de manera que debemos permanecer constantemente junto a la fuente.» Sólo así esos ríos de agua viva correrán para otros. Pero, primeramente, es importante que nuestra alma tenga sed y se sacie. La plenitud del Espíritu Santo sólo se le confiere a los creyentes que verdaderamente tienen sed, sed de ser llenos del Espíritu, sed de una vida victoriosa y de poder, de santidad y con frutos que glorifiquen al Señor.

Allí donde falta dicha sed, donde no se encuentra el deseo de crecer en la gracia y en el conocimiento del Señor Jesús, la plenitud del Espíritu Santo jamás será un hecho. Pero “si alguno tiene sed, venga a mí y beba”. Para ser lleno del Espíritu, es preciso asir por la fe la plenitud que Cristo nos ofrece en sí mismo. El Señor es fiel a todas sus promesas. Vayamos a Él, la fuente de aguas vivas, y bebamos, pero permanezcamos allí y bebamos sin cesar de ella; entonces los ríos de agua viva correrán por sí mismos, según Su promesa.

**Una vida consagrada.** En el capítulo 6 de la epístola a los Romanos, leemos: “Presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (v. 13). “Para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia” (v. 19). Y en el capítulo 12: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (v. 1). No podemos gozar plenamente de la presencia del Espíritu Santo en nosotros si no nos entregamos a Dios sin reservas y si no abrimos nuestro ser entero a su influencia. El Espíritu Santo tomará en nosotros todo el lugar, sólo si se lo dejamos a disposición.

Pero algunas preguntas solemnes se nos presentan a nuestra conciencia: ¿No guardamos ciertos ídolos en nuestro corazón? ¿No hay diversos sectores de nuestra vida en los cuales eludimos la autoridad de Dios y obramos según nuestra propia voluntad? Al obrar así impedimos que el Espíritu Santo tome posesión de nosotros por completo. Pero el Señor no quiere corazones divididos. Él no soporta a los tibios, quiere que seamos fervientes. Nuestra tibieza le da náuseas, así como se lo

expresa a Laodicea: “Por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Apocalipsis 3.16).

Sin embargo, si intentamos recurrir a nuestras propias fuerzas no lograremos vivir una vida consagrada. Necesitamos simplemente un acto de fe por el cual, de todo corazón, consentimos y nos entregamos enteramente a la acción del Espíritu Santo.

**La obediencia.** ¿Cómo podríamos esperar ser llenos del Espíritu si seguimos un camino de desobediencia? En 1.<sup>a</sup> Juan 3:24 está escrito: “El que **guarda mis mandamientos**, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.”

Lo que Dios espera de cada uno de sus hijos, los cuales han recibido el Espíritu Santo, es que estén listos para caminar en la senda en que el Espíritu busca conducirlos. Un camino difícil, por cierto, pues consiste en renunciamiento, humildad, humillación, sacrificio, muerte de sí mismo. Pero la acción del Espíritu Santo sólo puede desplegarse con poder en el creyente que permanece en comunión con el Señor y, por lo tanto, en la obediencia, así como lo expresa claramente el pasaje citado más arriba.

La plenitud del Espíritu depende, pues, de nuestro estado interior. De parte de Dios no falta nada. Él tiene la capacidad para llenarnos hasta toda su plenitud (Efesios 3:19). Nuestra parte es sentir verdadera sed y saciarla sin cesar en la fuente de aguas vivas, entregarnos por entero y guardar sus mandamientos.

### 3. Consecuencias

Cuando estamos llenos del Espíritu, él manifiesta su presencia y su poder en nosotros, en todos los dominios de nuestra

vida espiritual. Ya hemos mencionado algunas de las consecuencias que resultan de dicha plenitud. Consideraremos ahora algunos pasajes de la Palabra para completar lo que hemos visto hasta aquí.

En el evangelio según Juan, capítulo 10 versículo 10, el Señor promete a los que serían llenos del Espíritu Santo que gozarían de vida en abundancia. Él, hablando de sus ovejas, dice: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.”

El que está lleno del Espíritu posee una vida espiritual abundante, una vida que irradia luz alrededor de sí y ejerce una brillante influencia en los demás. Esto se explica por el hecho de que, si estamos llenos del Espíritu Santo, Cristo toma en nosotros un lugar que no tenía hasta entonces; viene a ser el primer objeto de nuestros afectos, no tenemos otro objetivo que Cristo y no tenemos otra voluntad sino la suya.

En aquel que está lleno del Espíritu Santo se manifiesta con vigor el fruto del Espíritu: “Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22). Cristo manifestó tales caracteres en perfección cuando estuvo en este mundo. El creyente que está lleno del Espíritu hace realidad, pues, lo que leemos en 2.<sup>a</sup> Corintios 3:18. Es transformado de gloria en gloria en la imagen misma, como por el Espíritu del Señor.

La plenitud del Espíritu libra al creyente de la ley del pecado y de la muerte (Romanos 8:2), privilegio del cual gozan tan imperfectamente numerosos creyentes, precisamente porque no poseen dicha plenitud. Ahora bien, cuando el Espíritu obra con poder, rompe las cadenas de la esclavitud del pecado, pues allí donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (2.<sup>a</sup>

Corintios 3:17). Es “la perfecta ley, la de la libertad” (Santiago 1:25).

El Espíritu, quien puede ocupar todo el lugar en el corazón del creyente, lo santifica y hace de él un “instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra” (2.<sup>a</sup> Timoteo 2:21).

“El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros... da mayor gracia” (Santiago 4:5-6). Él afirma nuestra comunión con Dios, y nos lleva a mantenernos permanentemente en la luz de su presencia y a juzgar todo lo que no es compatible con tal luz.

Cuanto más llenos del Espíritu estemos, tanto más poder tendremos a nuestra disposición, pues él es un “Espíritu de poder” (2.<sup>a</sup> Timoteo 1:7) y el propio Señor lo anunció a sus discípulos: “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo” (Hechos 1:8). Él es el poder para el andar, el servicio, el testimonio, la oración, la lucha y la adoración.

Finalmente, el Señor les prometió a todos los que “bebieran”, que del interior de ellos correrían ríos de agua viva (Juan 7:38). El Espíritu Santo es dado para ser no sólo una fuente de vida para el creyente, sino también ríos de agua viva que se derraman sobre todos aquellos que lo rodean. Así que el poder del Espíritu Santo puede llenarnos de su plenitud de modo tal que nos hallemos en las condiciones aptas para poder comunicar bendiciones espirituales a otros. “Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios” (Salmo 46:4). ¡Quiera Dios que todos, individualmente, podamos ser arroyos que se alimentan del río y aporten así la bendición que alegra la ciudad de Dios!

Que el Señor nos conceda la gracia de poner en práctica las enseñanzas que él pone delante de nosotros en su Palabra, a fin de que, estando llenos del Espíritu, lleguemos a la con-

dición del hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, mientras esperamos la perfección que alcanzaremos en la gloria.

*M. Tapernoux (M. E. 1974)*

---

## LA LIBRE ACCIÓN DEL ESPÍRITU

Por A. H. Burton

(Viene de la página 32)

### Capítulo 2

En el capítulo anterior nos hemos detenido a considerar la notable y bendita obra que el Espíritu de Dios hizo en Antioquia (Hechos 11). A partir de ese momento finalizó el carácter judío de la Iglesia; Jerusalén comenzó a jugar un papel menos prominente.

En efecto, “a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquia”. El mundo les dio este nombre, quizá de manera burlona; pero dos cosas son ciertas: en primer lugar, para que los discípulos merecieran ese nombre que les daba el mundo, debían haberse parecido mucho a Cristo; y, en segundo lugar, el Espíritu Santo reconocía ese nombre, el único que Dios reconoció para los santos de la dispensación actual (1.<sup>a</sup> Pedro 4:16). En las Escrituras, jamás hallamos nombres tales como: Bautista, Congregacionista, Wesleyano, Calvinista, etcétera. ¿Por qué, pues, utilizar otro nombre que aquel que Dios nos ha dado?

Se ha dicho, y con razón, que el día de Pentecostés fue el día del nacimiento de la Iglesia. Cuando Cristo estaba en la tierra, la Iglesia aún no había sido formada. La primera mención de ella se encuentra en el conocido pasaje de Mateo 16:18, en el cual el Señor, quien aceptó el magnífico testimonio que Pedro había dado de Su persona: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”, le dijo: “Sobre esta roca edificaré mi iglesia.”

Los santos del Antiguo Testamento, pues, no formaron parte de la Iglesia. La Iglesia es el cuerpo de Cristo (Efesios 1:22-23), y este cuerpo, o asamblea, quedó constituido el día de Pentecostés y no antes.

Durante el intervalo que se extendió entre su resurrección y ascensión, el Señor Jesús, el Cristo resucitado, anunció a sus discípulos que ellos serían “bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hechos 1:5). Hasta ese memorable día, los discípulos, aunque tenían muchos intereses en común, eran, no obstante, sólo **unidades**; estaban separados unos de otros. Pero el día de Pentecostés —y como seguiría sucediendo luego— fueron **unidos** a Cristo, Cabeza de ellos en el cielo, y **unidos** unos a otros en la tierra.

Esta verdad se hace evidente al estudiar cuidadosamente el capítulo 12 de la primera epístola a los Corintios. Pero ahora no tenemos la intención de extendernos en la consideración de la doctrina bíblica de la Iglesia bajo sus aspectos diversos como cuerpo y como casa. Lo que nos proponemos exponer a nuestros lectores son más bien los detalles prácticos que se refieren a la reunión de los santos en la dispensación presente.

En el primer tercio del siglo XIX, Dios volvió a sacar a la luz muchas verdades importantes que su pueblo había perdido de vista casi completamente, verdades de las cuales, al menos

en la práctica, no se gozaban en absoluto. Los treinta y cuatro gruesos volúmenes que forman la Colección de escritos (*The Collected Writings*) de J.N. Darby, contienen numerosas y útiles instrucciones sobre estos temas, y prueban que Dios no solamente devolvía a la Iglesia la verdad del regreso del Señor, que había sido olvidada durante mucho tiempo como su verdadera esperanza, así como la personalidad y la presencia del Espíritu Santo, sino que esos escritos también dan pruebas de que la gran mayoría de los cristianos se oponían a esas verdades y rehusaban reconocerlas.

Desde los años siguientes a aquéllos, casi todos los creyentes inteligentes admiten como bíblica la enseñanza que en esa época había provocado tan virulenta oposición. Sin duda, esas verdades fueron ampliamente difundidas y más claramente comprendidas.

No debemos olvidar las solemnes palabras del Señor Jesucristo: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios... (Juan 7:17). Dios no concederá un cabal entendimiento a aquellos de su pueblo que no quieren andar según la luz que él da: “Al que tiene, se le dará” (Marcos 4:25). Pero, sea como fuere, por todas partes los creyentes comenzaron a aceptar la doctrina del regreso del Señor, la cual había recibido tan grande oposición en el siglo XIX. Resulta deseable que esa verdad tenga un efecto práctico sobre todos nosotros, lo cual es objeto de nuestras fervientes oraciones.

Lo mismo ocurre con la verdad que concierne a la personalidad y a la presencia del Espíritu Santo. Antaño, solamente algunos creyentes llegaron a comprender que el Espíritu Santo era más que una divina influencia para el bien. Ahora, muchos creyentes admiten que lo que se enseñó en las primeras décadas

del siglo XIX respecto al Espíritu Santo, y que en ese entonces fue recibido sólo por un pequeño número, es realmente una verdad bíblica. Aún hoy se puede encontrar mucha ignorancia, y a veces incluso terquedad al respecto, lo que no llega a ser el mal de una falsa doctrina. Sin embargo, la verdad de que el Espíritu Santo es una Persona divina y no una simple influencia fue aceptada desde esa época por gran número de creyentes. Damos gracias a Dios de que en el presente sea la convicción de la mayoría y deseamos fervientemente andar en concordancia con esta grande y fundamental verdad.

Pero, mientras que muchos cristianos sinceros otorgan gran importancia a la morada del Espíritu Santo en cada creyente, como fuerza para el servicio y para el testimonio individual, no obstante, parecen ignorar absolutamente su presencia y su acción en la Iglesia. Por eso deseamos llamar la atención de nuestros lectores especialmente sobre este aspecto de la verdad.

El movimiento que actualmente tiene lugar en Gales<sup>1)</sup> llama la atención sobre este aspecto de la verdad, y por eso señalamos cuán importante es examinar lo que las Escrituras dicen al respecto, a fin de que estemos completamente de acuerdo con el pensamiento revelado de Dios, absolutamente sometidos a su Palabra, y que así seamos guardados de muchos serios peligros que, tememos, amenazan a los creyentes que no están firmes, tanto en Gales como en otras partes.

Examinemos ahora el capítulo 12 de la primera epístola a los Corintios, pidiendo a Dios su socorro para estudiar esta porción de su Palabra a la que se ha descuidado tanto.

1) Este escrito data del año 1905.

En el versículo 17 del capítulo precedente comienza la instrucción práctica relacionada con la reunión de los creyentes en **asamblea**. El objetivo principal era anunciar la muerte del Señor hasta que Él venga (1.<sup>a</sup> Corintios 11:26). Participar juntos de la cena del Señor es el deber obligatorio y el santo privilegio de todo creyente. Es triste ver que tan pocos hijos de Dios lo hacen como la Palabra de Dios nos enseña.

Los primeros cristianos participaban juntos de esa comida cada primer día de la semana (Hechos 20:7). Ellos se reunían con ese objetivo sin tener un ministro o presidente. Se reunían como miembros de un solo cuerpo, no como miembros de cuerpos diferentes. Reconocían la presencia del Señor a su mesa, así como la libre acción del Espíritu para que utilizara a quien él quisiera para partir el pan y para dirigir a toda la asamblea en el culto y la oración.

Desde hace mucho tiempo, los creyentes perdieron de vista la verdad de la presencia del Espíritu Santo; y han sufrido esta pérdida hasta tal punto que les parece extraño lo que era una práctica invariable entre los primeros cristianos. La noción clerical se implantó de tal manera en la cristiandad, que la libre acción del Espíritu en la Iglesia les parece una práctica extraña y peligrosa.

Estamos muy lejos de considerar como algo de poca importancia la responsabilidad individual que tiene un siervo del Señor para ejercer el don que ha recibido, cualquiera que sea éste, ya sea para anunciar el Evangelio al mundo o para enseñar en la Iglesia. Pero deseamos insistir en el hecho de que se ejerza una fe más simple en la presencia del Espíritu Santo, y en que su acción no sufra ninguna traba en las reuniones de la asamblea de los santos.

El día de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos que estaban reunidos, “todos unánimes juntos”, en el aposento alto en Jerusalén. Entonces se produjeron dos cosas: “Toda la casa” donde estaban sentados fue llena de su presencia, y cada uno de ellos, cada individuo, fue lleno del Espíritu Santo. El Espíritu está presente en la Iglesia y, a la vez, mora en cada creyente individualmente.

Vemos esto de manera muy clara en varias de las escenas descritas en el libro de los Hechos.

Dos ejemplos serán suficientes. Cuando Ananías llevó sólo una parte del dinero y lo puso a los pies de los apóstoles, Pedro le dijo: “Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo? (Hechos 5:3). Y aún: “No has mentado a los hombres, sino a Dios.” Dios, el Espíritu Santo, estaba presente en la Iglesia y no solamente en los individuos que la componían.

Más adelante, cuando la iglesia en Antioquía estaba reunida, el Espíritu dijo: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado” (Hechos 13:2). Allí había muchos maestros; así pues el ministerio a cargo de un solo hombre era algo desconocido. Los arreglos humanos y el control del clero tuvieron su origen en la voluntad del hombre, mientras que lo que Dios había establecido al comienzo era la dirección del Espíritu Santo y su libertad para obrar por medio de quien él quería.

Cuando tal libertad tiene lugar con poder y un incrédulo está presente, éste se prostrará sobre su rostro y adorará a Dios; y la Escritura nos dice que lo hará “declarando que verdaderamente Dios está (no **en** vosotros, sino) **entre** vosotros” (1.<sup>a</sup> Corintios 14:25).

En esos días era, pues, imprescindible ser instruido res-

pecto a las “manifestaciones<sup>1)</sup> espirituales” (1.ª Corintios 12:1), pues los paganos estaban familiarizados con esas escenas de excitación producidas por posesiones demoníacas. Estaba el Espíritu de Dios, pero también había espíritus malos; y aquí, en el umbral de nuestro estudio, hallamos una prueba decisiva a la cual debe someterse todo aquello que pretende ser reconocido como la dirección del Espíritu. Esta prueba tiene una doble aplicación.

En primer lugar, “nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús” (1.ª Corintios 12:3). Por lo tanto, es evidente que el Espíritu de Dios jamás inducirá a nadie a hablar del Señor Jesús con desprecio. El Espíritu Santo está en el mundo para glorificar a Cristo (Juan 16:14); en consecuencia, todo lo que tiende a quitarle algo de su gloria, aun cuando fuera en el menor grado, no puede ser dictado por el Espíritu Santo.

Pero, en segundo lugar, estamos autorizados a reconocer la acción y la dirección del Espíritu Santo en todas partes donde existe una verdadera confesión de Cristo, en todo lugar donde el corazón y la conciencia se inclinan ante Él como Señor. Podría haber mucha ignorancia sobre otros puntos, pero “nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo”.

Este pasaje reviste una importancia fundamental. Debe-

1) El autor utiliza la versión inglesa de J.N.Darby, que en este versículo traduce así esta expresión, poniendo entre corchetes el término “manifestaciones”. La traducción “dones espirituales”, como se lee en varias versiones, no parece muy exacta. Algunas versiones ponen la palabra “dones” en cursiva para hacer notar que no está en el original. Las palabras *peri de ton pneumatikon*, del original griego, podrían ser traducidas como “acerca de lo que es espiritual” o “acerca de las realidades espirituales”. El contexto parece indicar que es más acertado utilizar el vocablo “manifestaciones”. En cambio, en el versículo 4 del mismo capítulo sí se encuentra la palabra “dones” (N. del T.).

mos reconocer cuán necesaria era esta seria advertencia para los santos de esa época, por el hecho de que, treinta años más tarde, vemos el esfuerzo que hizo el apóstol Juan para que el corazón y la conciencia de sus hermanos se apropiaran de esta verdad (1.ª Juan 4:1, 3). Dicha verdad es, también para nosotros, **más necesaria que nunca**.

Después de admitir esto, es decir, una vez que la persona del Señor Jesús es plenamente reconocida y aceptada por la asamblea de los hijos de Dios, es necesario dejar que el Espíritu Santo tome el lugar que le corresponde y darle plena libertad de acción. Cuando esto no tiene lugar, cuando a un hombre, aunque fuera el mejor de los hombres, se lo estima como el que dirige, como el director, la reunión no puede ser considerada como la reunión de la Iglesia de Dios, según la Palabra de Dios que nos fue revelada. Ella podrá ser una reunión de santos, pero le faltará el rasgo característico de la Iglesia de Dios, el de una asamblea donde se manifiesta lo que leemos en el texto: “Verdaderamente Dios está entre vosotros” (1.ª Corintios 14:25).

“Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo” (1.ª Corintios 12:4). Los hombres siempre querrían concentrar los diferentes dones en **un solo hombre** y darle el título de pastor o de ministro; pero las Escrituras no nos enseñan eso. “Hay diversidad de dones” —apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, maestros—, “pero el Espíritu es el mismo”. “Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1.ª Corintios 12:11). ¿Vemos en medio de todo el mecanismo de la cristiandad que estas cosas sean puestas en práctica ?

Cuando Dios, en las primeras décadas del siglo XIX, hizo revivir el testimonio en cuanto al Espíritu Santo, y volvió a

poner en luz esta verdad que la Iglesia de Dios había olvidado durante mucho tiempo —así como otras verdades inherentes a la Iglesia, a saber: la **unidad** de ella como cuerpo de Cristo, su **responsabilidad** como casa de Dios, y su verdadera **esperanza** como Esposa de Cristo—, muchos hijos de Dios se reunieron y hallaron la fuerza y el gozo, y fueron conducidos, dirigidos en sus asambleas tanto en la oración, como en la adoración y la edificación. Ellos reconocieron de manera práctica la verdad de estas palabras: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20), así como la dirección del Espíritu Santo y su libre acción, en contraste con el formalismo muerto de las organizaciones humanas; y dicha libertad fue la fuente de mucha fuerza y de un gran frescor para sus asambleas.

Esto no aminora en nada la importancia que reviste el ejercicio de un don individual, cualquiera que sea el que el Señor pueda haber dado a los suyos. No todos son llamados a ser predicadores del Evangelio o a ser maestros entre los santos; y si alguien intentara hacer aquello para lo cual no fue calificado ni llamado por el Señor sólo finalizaría en confusión y fracaso.

No debemos confundir **el don** del Espíritu y **los dones** del Espíritu. Mientras que cada creyente ha recibido el don del Espíritu Santo que mora en él, sólo algunos han recibido los dones del Espíritu. “A unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros... ¿Son todos apóstoles ¿son todos profetas? ¿todos maestros?” etcétera (1.<sup>a</sup> Corintios 12:28-31). Si se citaran los versículos 7 y 11 de este mismo capítulo para probar que cada hermano en la asamblea posee algún don, responderíamos que el lenguaje empleado aquí no implica tal conclusión. En el versículo 7, el énfasis se

debe poner en la palabra “**provecho**”. Dondequiera que es dado un don o una manifestación del Espíritu, lo es para provecho de los oyentes y no para la gloria de aquel que habla. Esto era un principio de los más importantes pues, en Corinto, muchos tenían el don de lenguas, y ello generaba el peligro de que ellos utilizaran esos dones para glorificarse personalmente y no para la edificación de la Iglesia. Un poco más adelante volveremos a considerar esto con más detalles.

En el versículo 11, debemos enfatizar estas palabras: “A cada uno en particular como él quiere.” Es decir, que el Espíritu que mora en cada creyente distribuye sus dones a cada uno según Su soberana voluntad.

Esto corta de raíz la idea del ministerio a cargo de un solo hombre. Evangelistas, pastores y maestros son dones separados; no se encuentran concentrados en un solo hombre, sino distribuidos separadamente entre muchos, según la voluntad de Dios. Pero, si todo esto es verdad, también existe otro lado de la cuestión, el cual no debemos olvidar, sobre todo en nuestros días de debilidad y de confusión: “Procurad, pues, los dones mejores” (1.<sup>a</sup> Corintios 12:31). Y aún: “Procurad los dones espirituales” (1.<sup>a</sup> Corintios 14:1). Y, más adelante, leemos: “Procurad profetizar” (1.<sup>a</sup> Corintios 14:39). Que nadie se desaliente. Queremos exhortar seriamente a todos nuestros hermanos jóvenes a que oren con solicitud para que toda aptitud que aún está latente en ellos, que todo don que han recibido, por pequeño que parezca, sea despertado y puesto en acción. Para esto es necesario que sean **perseverantes**: perseverantes en la oración, en el estudio de la Palabra, en la comunión con el Señor. Les recomendamos que utilicen todas las ayudas que el Señor les ofrece. “De manera que, teniendo diferentes dones —note-

mos de nuevo que los dones de gracia son **diferentes**— según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe”. No intentemos hacer nada que esté por encima o más allá de nuestra fe, más bien digamos: “Señor aumentanos la fe.” “O si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza” etc. (Romanos 12:6). ¡Qué exhortación hallamos en estos versículos que nos alientan a la actividad, a avivar los dones de gracia que poseemos!

Es urgente prestar toda nuestra atención a esto. Que los jóvenes no piensen que están tan adelantados que ya no necesitan aprender de aquellos que han estado en la obra antes que ellos; y que los hermanos más ancianos estén dispuestos a ayudar y a alentar a los jóvenes. Los que ya hemos avanzado en el camino, nunca olvidaremos cuánta ayuda y cuánto aliento hemos recibido de un hermano anciano, quien ahora está con el Señor, cuando comenzamos a anunciar el Evangelio.

Digamos algo más a nuestros jóvenes: Comiencen en su juventud; ustedes no verán que un don se desarrolle repentinamente a los treinta, cuarenta o cincuenta años de edad. Naturalmente, esto se dirige a los que se convirtieron temprano en sus vidas.

Por supuesto que la gracia puede retirar a un hombre de su vida de pecado y hacerlo volver de su alejamiento de Dios cuando ya ha llegado a una edad avanzada, pero un creyente joven que pierde los mejores años de su vida en el ocio y en los placeres del mundo es semejante a aquel que envuelve su talento en un lienzo y lo entierra. Le hace daño a su propia alma y deshonra al Salvador y Señor, a quien le debe todo.

Imaginemos una débil y pequeña congregación de hijos de Dios. En ella, quizá los hermanos no cuenten con ningún don;

sin embargo, ante ellos se abre “un camino aun más excelente”. El capítulo 13 de la primera epístola a los Corintios nos enseña que lo que nunca deja de ser es el amor. Aquí y allá pueden encontrarse dones poderosos; pero sin el amor éstos son solamente como metal que resuena, como címbalo que retiñe. Mientras que allí donde reina un espíritu de amor, aun cuando no hubieran dones manifiestos, los pecadores son atraídos a la salvación, los creyentes son consolados, y las asambleas permanecen bien unidas y en aumento. Pero donde hay dones y se usan sin amor, se descuida la evangelización, los santos se fatigan y se turban, las asambleas se diseminan y se disuelven. “El amor nunca deja de ser.” Escuchemos las palabras del apóstol Juan en su ancianidad: “Amados, amémonos unos a otros... Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros... Y nosotros tenemos este mandamiento de él: el que ama a Dios, ame también a su hermano” (1.ª Juan 4:7, 11, 21). El amor fraternal no es solamente una exhortación, sino un mandamiento.

*(Continuará)*

---

## OTRO CONSOLADOR

Juan 14:16; 15:26; 16:7

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador...” Tal envío del Espíritu Santo es un hecho muy alentador para el fiel y, al mismo tiempo, una reprensión llena de amor dirigida a nuestro corazón, el cual no produce todos los frutos que la presencia del Espíritu Santo debería producir. Pero, en medio de la más gran-

de ruina, nada puede privarnos de esta promesa de Dios: el Espíritu “estará con vosotros”, pues ella no es incompatible con la ruina absoluta del testimonio de la Iglesia.

Jesús, en el momento de dejar a los suyos, les prometió otro Consolador. El Señor no iba a permanecer eternamente con la Iglesia en este mundo, pero acerca del Espíritu Santo, él dice: “El Padre os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre.” Dicho Consolador jamás nos ha abandonado. Cuando Jesús estuvo en la tierra fue presentado al mundo para que éste lo recibiera. Pero, en cuanto al Espíritu Santo, el mundo no puede recibirlo; y todo esfuerzo por hacer que el mundo lo reciba es contrario a la declaración de Jesús. Toda gracia, todo lo que según Dios es amable, puro y justo, surge del Espíritu Santo; y el mundo no puede recibirlo, mientras que aquellos con los cuales el Espíritu Santo permanece sí lo conocen. Él está con nosotros y se da a conocer a nosotros y no al mundo. Como consecuencia de ello, podemos guardar la palabra de Jesús y el Padre y el Hijo vienen a hacer morada en nosotros. Es lo contrario de lo que está dicho al comienzo del capítulo: en la casa del Padre hay muchas moradas para nosotros; mientras esperamos estar allí, el Padre mora en nosotros. Si Jesús podía morir, también nosotros podemos morir. Pero Él dice: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19).

Jesús reprendió a Felipe porque éste no comprendió ni conoció que él era en el Padre y el Padre en él; pero en ese día, dice Jesús, cuando el Espíritu Santo os sea dado, conoceréis sin incertidumbre la unidad que existe entre el Padre y el Hijo y, por otra parte, también la unidad que existe entre el Hijo y la Iglesia. El don del Espíritu Santo es una base segura y firme para toda bendición. El mundo no sabe nada de ello y no puede saberlo;

todo lo que constituye la bendición entre Dios y los fieles no existe para el mundo.

El goce de la presencia del Consolador y su manifestación dependen de la obediencia práctica. Tal obediencia puede hacernos ver la más grande ruina al lado de la inmutable fidelidad de Dios. Un solo mal no juzgado puede arruinar el testimonio de la asamblea de Dios. En Deuteronomio 29, versículos 18 a 23, leemos acerca de las consecuencias que traería una sola raíz de amargura en Israel: todo el pueblo se encontraría débil y manchado. He aquí las consecuencias: “Azufre y sal, abrasada toda su tierra... como sucedió en la destrucción de Sodoma y de Gomorra.” Si el creyente o la asamblea admiten un solo pecado, el Espíritu Santo es contristado y el alma se ve debilitada en todos los aspectos. Moisés sabía que, después de su muerte, Israel no dejaría de corromperse, pero que la fidelidad de Dios no faltaría jamás (Deuteronomio 31:29). Y es exactamente igual a lo que Pablo dice respecto a la Iglesia (Hechos 20:29-31). Se ve lo mismo en el libro de Hageo (2.3-5). El Espíritu de Dios no puede abandonar a la Iglesia, pero si el pueblo de Dios rechaza al Espíritu, todo queda arruinado. Es un asunto muy serio para nuestro corazón ver que la presencia de Dios con nosotros es compatible con el estado ruinoso del orden de cosas en que nos hallamos.

Pero tenemos el privilegio de ser el testimonio de Dios en el mundo y de tomar en éste el lugar del Señor Jesús. En Israel, en tiempos de Elías, aun si no hubiera quedado otro fiel fuera del profeta, él habría tenido el gran privilegio de ser ese testigo en medio de la infidelidad general.

La presencia de Dios en Su casa brinda afectos dulces y amables; y es nuestro privilegio gozar de dicha presencia en

medio de nosotros en tal medida que, ante el mundo, seamos un testimonio de la felicidad que Dios puede dar a su pueblo.

*J.N.Darby (M. E. 1996)*

## HA RESUCITADO EL SEÑOR VERDADERAMENTE

(Lucas 24:34)

por F. von Kietzell

(Viene de la página 36)

### Capítulo 2

#### La resurrección

Al gran grito de triunfo del Hijo de Dios, grito con el cual, habiendo consumado su obra, “entregó el espíritu” (Mateo 27:50) para dejar esta tierra, le siguieron testimonios milagrosos:

1.º El velo del templo se rasgó, y quedó abierto el acceso a la presencia de Dios.

2.º La tierra tembló y las rocas se partieron; se abrieron los sepulcros y “muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron” y salieron de los sepulcros; por cierto, dejando la preeminencia a Aquel que es “primicias de los que durmieron” (Mateo 27:51; 1.ª Corintios 15:20).

3.º Cuando la lanza del soldado romano abrió el costado de Jesús, “al instante salió sangre y agua” (Juan 19:34), prueba miste-

riosa, pero divina, del poder expiatorio y purificador de la obra de la redención.

No obstante, estos tres testimonios de los benditos resultados de la muerte de Cristo pasan a un segundo plano frente a este otro testimonio que sobrepasa a todos los demás en grandeza: su resurrección de entre los muertos “por la gloria del Padre” (Romanos 6:4).

En la víspera del día sábado, a la noche, se cumplió la profecía de Isaías que dice: “Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte” (Isaías 53:9). El Espíritu de Dios nos da la preciosa razón de ello: porque “nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca”.

En efecto, convenía que su cuerpo fuera envuelto con una “sábana limpia” y puesto en el “sepulcro nuevo” de un hombre rico y honorable, un sepulcro “que estaba cavado en una peña” y “en el cual aún no había sido puesto ninguno” (Mateo 27:57-60; Marcos 15:46; Lucas 23:53; Juan 19:41).

“Y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue” (Mateo 27:60). José de Arimatea cerró cuidadosamente el sepulcro, y así, sin saberlo, echó los fundamentos de una prueba irrefutable de la resurrección.

Un poco más tarde, la piedra que había hecho rodar a la entrada del sepulcro hablaría por sí misma. La incredulidad de los principales sacerdotes y de los fariseos añadió aún más peso a dicha prueba, cuando recordaron lo que el Señor había dicho acerca de su resurrección y pidieron a Pilato que reforzara la guardia del sepulcro. Entonces destinaron una guardia especial para que cuidara la tumba, y sellaron la piedra. Ellos creían que habían hecho todo lo necesario para librarse definitivamente de ese Nazareno al que detestaban.

¡Cómo se engañaron! Ni la piedra, “que era muy grande” (Marcos 16:4), ni la guardia, ni el sello podían retener en la tumba al

Príncipe de la vida, quien tenía el poder de volver a tomar su vida, así como había tenido el poder de ponerla (Juan 10:18). Las propias medidas preventivas que tomaron los enemigos de Jesús servirían de pruebas de su resurrección; ¡fueron armas que se volverían contra ellos mismos!

“Pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana, vinieron María Magdalena y la otra María<sup>1)</sup>, a ver el sepulcro” (Mateo 28:1). ¡Qué conmovedor es el papel que jugaron las mujeres, desde el principio hasta el fin de este relato! Las hallamos “junto a la cruz” (Juan 19:25), o “mirando de lejos” y viendo “donde lo ponían” en el sepulcro (Marcos 15:40, 47).

Luego, leemos que “prepararon especias aromáticas y ungüentos; y descansaron el día de reposo, conforme al mandamiento” (Lucas 24:56).

En Mateo 28:1, las hallamos nuevamente en el sepulcro, “pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana”, y vemos que se ocuparon otra vez en comprar y preparar “especias aromáticas para ir a ungirle” (Marcos 16:1).

Al siguiente día, “siendo aún oscuro” (Juan 20:1), María Magdalena —a quien se menciona especialmente en la mayor parte de estos relatos— corrió sola hasta el sepulcro. Más tarde, “ya salido el sol”, vemos que otras mujeres la siguieron (Mateo 28:5; Marcos 16:2; Lucas 24:1). Éstas son nombradas siete veces, lo cual es un conmovedor homenaje rendido al afecto que tenían por el Señor; mientras que, por el contrario, los discípulos, casi sin excepción, ¡habían huido!

El capítulo 28 del evangelio según Mateo, a partir del versículo 2, relata los acontecimientos de la mañana de la resurrección. “Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nie-

1) La madre de Jacobo y de José, quizá la madre de Jesús (cf. Mateo 27:56, 61 y Marcos 15:47; 6:3).

ve.” Acerca de la resurrección en sí misma, no se nos dice nada ni aquí ni en otras partes. Solamente Marcos nos informa que ella tuvo lugar “muy de mañana, el primer día de la semana” (16:9; VM).

Dios no envió a uno de sus mensajeros para permitir que el Hijo de Dios saliera de la tumba. ¿Habría sido necesario eso? Por supuesto que no; Dios envió al ángel para dar al mundo entero una prueba segura e irrefutable de la realidad de la resurrección de Cristo de entre los muertos, mediante la apertura de ese sepulcro que había sido tan cuidadosamente sellado. La mano del ángel señaló que el sepulcro estaba vacío.

Solamente Mateo da cuenta de todo esto. Los relatos de los otros evangelios comienzan a una hora más tardía. Ellos son los que nos muestran claramente que las mujeres aún no habían llegado en el solemne momento de la apertura del sepulcro.

Pero este evento ¿no tuvo, pues, ningún testigo? ¡Por cierto que sí! Leemos: “Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos” (Mateo 28:4). Los principales sacerdotes y los ancianos supieron, pues, la verdad por boca de algunos de esos guardas.

La huida de esos soldados aterrorizados (los cuales quizá tendrían que pagar con sus propias vidas su desertión), y el relato que hicieron de los acontecimientos, fueron para ellos la prueba innegable de la resurrección de Jesús. De otro modo, ¿por qué habrían tenido que recurrir a medios tan desesperados como la mentira y la corrupción? (Mateo 28:12-15).

Desgraciadamente, ¡así es el hombre! Tanto antes, como después de la cruz, e incluso frente a la tumba vacía, ¡él siempre se opone a Dios! Pero esa lucha contra la verdad le cuesta caro. Si antes sólo había entregado treinta piezas de plata para alcanzar su primer objetivo, ahora lo vemos entregar “mucho dinero a los soldados”. Y es posible que para consumir su propósito ellos hayan llegado a vender sus propias almas.

¡Qué abrumadora responsabilidad pesa sobre las espaldas

de esos enemigos de Cristo! Mateo 28:15 nos informa que la historia que ellos inventaron “se ha divulgado entre los judíos hasta el día de hoy”.

Otro texto nos dice que “hasta el día de hoy”, incluso cuando leen el Antiguo Testamento, “el velo está puesto sobre el corazón de ellos” (2.ª Corintios 3:14-15). ¿Por qué? Porque ellos, a pesar de haber oído el mensaje bien atestiguado de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, no lo creyeron. Y si nosotros interpusiéramos la menor duda respecto a ese glorioso evento, ¡seríamos “los más dignos de conmiseración de todos los hombres”!

“Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho” (1.ª Corintios 15:20). Cuando Él murió, su espíritu fue al paraíso<sup>1)</sup> (Lucas 23:43). Su cuerpo fue puesto en la tumba, y aunque permaneció “en el corazón de la tierra”<sup>2)</sup> tres días y tres noches, “no vio corrupción”. Y no quedó en la tumba. “El primer día de la semana, muy de mañana”, para coronar la obra que había hecho en la cruz, Dios lo resucitó, “suelos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella” (Hechos 2:24-31; Salmo 16:8-11).

Así fue como nuestro amado Señor “fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” (Romanos 1:4). Él salió de la tumba como jefe de una nueva creación y como “primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia” (Colosenses 1:18).

1) No al lugar de los tormentos; y menos aún a la gehena. La doctrina según la cual Cristo descendió al infierno es tan errónea como la que afirma que Él predicó allí a los espíritus de los que están perdidos.

2) Es decir, en la tumba. Ese tiempo está calculado según la manera de contar de los judíos.

(M.E. 1995-1996)

(Continuará)

*Lluvias de bendición grandes,  
es la promesa de amor;  
hoy te pedimos las mandes  
de tu presencia, Señor.*

*Las lluvias grandes manda a tu iglesia, Señor;  
por tu Espíritu nos llenes de gracia y santo fervor.*

*Lluvias de bendición grandes,  
¡cuánta falta hacen aquí!;  
para tu pueblo abundantes  
desciendan, oh Dios, de ti.*

*¡Oh lluvia aquí bienvenida!,  
traes de Dios bendición;  
beban la paz y la vida  
los surcos de la aflicción.*

---

*Manantial de vida eterna y de toda bendición,  
ensalzar tu gracia tierna, debe cada corazón;  
tu piedad inagotable, abundante en perdonar,  
Jesús, Señor adorable, gloria a ti debemos dar.*

*De los cánticos celestes te quisiéramos cantar,  
entonados por las huestes que lograste rescatar;  
almas que a buscar viniste porque les tuviste amor,  
de ellas te compadeciste hasta darte en cruz, Señor.*

*Toma nuestros corazones, llénalos de tu verdad,  
de tu Espíritu los dones y de toda santidad;  
guíanos en obediencia, humildad, amor y fe;  
nos ampare tu clemencia, ¡oh Señor!, propicio sé.*